

Londres, noviembre de 1330

Cuando Jonah volvió a casa estaba oscuro como boca de lobo; en todo Cheapside no parecía haber una sola luz. Los comercios y talleres que conformaban la fachada de las casas de madera, en su mayoría estrechas y de dos plantas, habían cerrado hacía tiempo, y los nubarrones habían engullido el gajo de luna y las estrellas. Desde por la tarde caía una lluvia queda que había convertido las calles y las callejuelas en un viscoso lodazal y amenazaba con ahogar la tea de Jonah, que se dio por vencida definitivamente cuando ya se veía la casa. El muchacho la arrojó al suelo con despreocupación y cruzó la plazoleta que había ante la iglesia de San Lorenzo a buen paso. De la taberna Zum Schönen Absalom, situada enfrente, junto a la cuadra de arriendo de Robertson, salía un vocerío ahogado, pero en la calle no había nadie. Nadie salvo él.

Llamó con reserva a la puerta de la pañería Hillock.

—¿Quién es? —preguntó una voz potente y aguda.

—Yo.

El portón se abrió sin hacer ruido y en el umbral apareció el quinceañero Crispin con un pequeño candelil. A la titilante luz sus ojos parecían profundas oquedades vacías, y el chico protegía de la corriente la corta llama, que a Jonah se le antojó deslumbrante, con una mano.

Jonah entró parpadeando, lo saludó con la cabeza y lo dejó atrás.

Crispin se apresuró a echar el cerrojo y siguió a Jonah hasta la puerta trasera, que daba al pequeño patio interior de la casa.

—Te he estado esperando en lugar de irme a dormir, ¿sabes? Al menos podías decir gracias.

–Gracias.

Jonah apoyó la mano en la puerta, pero Crispin lo agarró del codo y se lo impidió.

–Será mejor que te quedes aquí. Estás... en un apuro.

El otro volvió la cabeza.

–¿Ah, sí?

Crispin hizo un movimiento afirmativo y bajó abatido los ojos.

–¿Dónde te has metido? La maestra estaba preocupada.

Jonah resopló desdeñoso.

–Ya lo creo. Al fin y al cabo iba con una bala entera de lana de primera. –Se soltó, abrió la puerta y entró en el patio.

También estaba oscuro, si bien él no necesitaba luz para atravesar el pequeño cuadrado que tan bien conocía. Dejó a la derecha el gallinero y la desvencijada caseta de madera del retrete y avanzó entre los bancales de verduras hasta que su mano izquierda palpó el brocal del pozo. Justo detrás del pozo se hallaba la puerta de la cocina, que estaba bien engrasada y se abrió en silencio.

Jonah se quitó la pesada y empapada capa, se la colgó del brazo y se puso a cubierto de la lluvia. Estaba muerto de hambre, y antes de presentarse ante su maestro quería ver al menos si encontraba un pedazo de pan o algunas sobras de la cena. Pero tuvo mala suerte. Apenas puso los pies en la cocina, se abrió una segunda puerta que llevaba a la escalera y al pasillo que comunicaba el comercio con la cocina y entró la maestra, y en su mano una palmatoria de latón con una vela.

Él inclinó la cabeza de un modo casi imperceptible.

–Señora.

Ésta retrocedió, horrorizada: la sombra oscura en la cocina sin luz la había asustado. Cuando lo reconoció, sus ojos color ave llana se entrecerraron y sus labios, por lo común más bien pulposos, se tornaron una estrecha línea blanca. El joven rostro, por naturaleza alegre, se volvió desagradable bajo la sencilla cofia blanca. Jonah comprobó, no por primera vez, pero con la misma perplejidad, que la ira hacía parecer casi el doble de larga su nariz.

–¿Ya has vuelto? –preguntó ella incisiva–. Y el señorito quería comer primero, ¿no? ¿Cuándo pretendías avisarnos de tu feliz regreso?

–Justo después –respondió él en honor a la verdad.

La mujer abrió la puerta por la que había entrado significativamente y apuntó al suelo con el mentón.

—Si quieres comer, en el futuro sé puntual. Y ahora ve arriba zumbando. Seguro que maese Hillock estará deseando escuchar tu historia.

Con un pequeño gesto burlón el muchacho le cedió el paso y después la siguió por el estrecho pasillo y escaleras arriba. Los viejos escalones de madera gemían bajo su peso.

Sobre el comercio se hallaba la estancia que hacía las veces de sala de estar en la casa de maese Hillock, aparte de la cocina la única habitación caldeada de la casa.

Rupert Hillock estaba sentado con una jarra de cerveza y una vela a la mesa, próxima a la ventana, y leía un libro de relatos ingleses de historias bíblicas. Era un hércules con el cabello igual de negro y los ojos igual de oscuros que Jonah, si bien su rostro era más carnoso y rubicundo y estaba un tanto ajado y cubierto casi hasta la mitad de una poblada barba negra.

Cuando vio entrar a su esposa y a Jonah cerró el libro, se levantó, extendió la mano sin decir palabra y se plantó ante su aprendiz.

Éste abrió con parsimonia la modesta bolsa de cuero marrón que llevaba al cinto, vació su tintineante contenido y a continuación lo dejó caer en la mano de Rupert sin tocarla.

Éste se puso a contar entre dientes.

—... dos, tres libras y seis, ocho, diez, doce, catorce, dieciséis, dieciocho, veinte chelines. Cuatro libras. Bien —gruñó de mala gana; y asintió y se metió el dinero en su talega—. ¿Dónde has estado todo el día, sinvergüenza? —le preguntó.

—En casa del barón de Aimhurst. Tardó horas en recibirme.

—¿Le entregaste el paño a su esposa como te dije? —inquirió impaciente la esposa de Rupert.

Jonah sacudió la cabeza.

—¿Por qué no? —quiso saber Rupert—. ¿Acaso no te encomendé que te aseguraras de que ella misma examinaba la lana en el acto? Se la hemos vendido demasiado barata, y la oferta debía servir de cebo; pero si se la confiaste a su doncella, no habrá valido la pena.

—Mandó decir que no estaba en casa.

—Y tú tan contento, ¿no?

—¿Qué iba a hacer? ¿Irrumpir en la sala?

Rupert le dio un fuerte bofetón, y Jonah se tambaleó a un lado y mantuvo el equilibrio a duras penas.

—¿A quién has malvendido mis veinticuatro varas de la mejor lana flamenca por cuatro libras, eh? ¡Desembucha!

—Al barón de Aimhurst. —A Jonah le costó reprimir una sonrisa.

Al final, a primera hora de la tarde el barón en persona tropezó en su antesala con el aprendiz de comerciante que aguardaba paciente a solas, le preguntó con aspereza qué quería y después, exasperado, le pagó el precio convenido por la lana antes de señalarle groseramente la puerta. Sin embargo, Jonah no se fue en el acto, pues tenía una noticia para el barón que nada tenía que ver con la lana flamenca de Rupert Hillock...

Rupert se quedó un instante sin habla. Luego se puso en jarras.

—¿Hablaste con el barón en persona?

Jonah asintió.

—¿Qué dijo?

El chico alzó brevemente los hombros.

—Nada más.

Pero Rupert había visto la delatora sonrisa burlona. Agarró al aprendiz por el brazo con una de sus garras, le dio otra bofetada y rezongó:

—¿Qué te dijo? ¡Haz el favor de responder, bastardo cazarro!

Jonah levantó la cabeza, se limpió con el dorso de la mano un poco de sangre de la comisura de la boca y miró a su maestro a los ojos.

—«Eso es muy propio de vosotros», dijo. «Este país se va al garete, ahorcan a Roger Mortimer en Tyburn como si fuera un vulgar ladrón, la ciudad entera está agitada y vosotros, los ricachones, no podéis pensar en otra cosa que en vuestras caras balas de paño.»

El poroso rostro de Rupert enrojeció de un modo preocupante. Jonah trató de hacerse a la derecha, pero el puño le golpeó en el pómulo y él cayó al suelo. Se aovilló, mas no lo bastante aprisa. Una tremenda patada le dio en el estómago. El muchacho, jadeante, respiraba con dificultad y tosía sofocado. Quería incorporarse, sabía que tenía que huir, pero no podía moverse, de manera que se protegió la cabeza con los brazos y esperó.

Sin embargo, antes de que le asestara otro golpe oyó un graznido furibundo:

—¡Rupert! ¡Ya basta!

—Abuela... —Rupert Hillock intentó sin mucho éxito conferir a su voz un tono amable, ocultar su miedo—. Creía que ya os habíais ido a dormir.

La delicada anciana se acercó. Arrastraba la pierna izquierda, y la mano descarnada, deforme por la quiragra, se aferraba al elegante bastón de cuya ayuda dependía, si bien iba bien tiesa, el mentón —rodeado por el rebocillo gris perla— adelantado con agresividad. Cecilia Hillock, con sus casi ochenta años, era tan antañona que resultaba inquietante. Sin lugar a dudas era su férrea voluntad la que la mantenía con vida y ella era indiscutiblemente la temida cabeza de familia.

—Te has equivocado —espetó glacial—. Como de costumbre.

Jonah constató que al menos podía respirar superficialmente, aunque le resultaba doloroso y con el aire regresó la vida a su cuerpo. Se levantó del suelo sin hacer ruido y se sumió en la oscuridad cercana a la puerta, fuera del círculo de luz del hogar y la vela.

—Debería darte vergüenza, Rupert —prosiguió la vieja dama—. ¿Cómo te atreves a tratar así al muchacho?

Rupert Hillock alzó las manos casi con aire suplicante.

—Es rebelde e impertinente. Mi obligación es enseñarlo a no ir así por la vida.

Jonah no quería oír aquello.

—¿Puedo irme, señor?

—Tú te quedas —ordenó Cecilia.

—Es que no hace lo que le digo —objetó Rupert.

—Estoy segura de que tiene sus motivos.

—Abuela... —protestó Elizabeth, y enmudeció cuando los oscuros y vetustos ojos se posaron en ella.

—Será mejor que te calles —dijo en voz baja, pero claramente amenazadora—. Si miraras menos por tu ambición y por los intereses de tu esposo y más por tus obligaciones, tal vez pudieras llevar a buen término un embarazo y darle un heredero a esta casa.

Elizabeth se llevó una mano a la boca y dio un paso atrás.

Jonah observaba a la anciana con una mezcla de fascinación y espanto. Qué cruel podía ser. Qué despiadada. Y con cuánta frialdad calculaba.

Ésta le devolvió la mirada y le hizo una breve señal con la cabeza.

—Ten la bondad de acompañarme, Jonah.

Éste salió de buena gana de la sombra, le abrió la puerta y, sin dignarse mirar a Rupert y a Elizabeth, sin aguardar su permiso, salió en pos de la combativa anciana, la agarró del brazo con delicadeza y la condujo a sus aposentos, que se encontraban contiguos a la alcoba del señor de la casa, al fondo del pasillo y sobre la cocina.

—¿Y bien? —inquirió en voz queda al entrar—. ¿Qué te dijo Aimhurst?

Jonah cerró la puerta y aspiró el leve aroma a canela y lavanda característicos de la estancia. Le encantaba ese olor.

—Creo que no tiene mucha confianza en el joven rey —replicó el muchacho casi entre susurros, aunque estaban solos—. Pero está seguro de que pronto estallará una nueva guerra con Escocia, y no le interesa la lana flamenca de Rupert para equipar a sus arqueros. Dice que es demasiado cara. Por el contrario se mostró muy interesado en vuestro paño. Dice que si podéis suministrarle diez balas de aquí a marzo.

La anciana soltó un cacareo satisfecho.

—Nada más fácil. Bien hecho, Jonah. Bien hecho, como de costumbre. No te arrepentirás.

Se sentó en un cómodo sillón, asió con ambas manos la empuñadura del bastón y sonrió para sí ensimismada.

Jonah se acomodó a sus pies y acercó con la punta de los dedos el ardiente brasero.

La nudosa y vieja mano le acarició la negra cabellera, que le llegaba por los hombros.

—Este joven rey nuevo podría cambiar muchas cosas. Se acercan tiempos nuevos, ya lo verás.

—Pero el barón de Aimhurst no cree en el rey Eduardo —repitió Jonah, dubitativo.

La anciana resopló.

—Aimhurst es un necio arrogante como Rupert e, igual que él, demasiado estrecho de miras para reconocer que una nueva generación le va pisando los talones. No, no, Jonah. Con su osada vileza el joven Eduardo se ha ganado a pulso un derecho que era suyo por nacimiento. No acabo de creerme que ahora se haya amansado de pronto. Él es el futuro, y será un futuro intranquilo. El que se dé cuenta pronto podrá sacarle provecho.

Jonah sonrió débilmente.

—Ah, estoy convencido de que ésa seréis vos. Tenéis una visión de futuro infalible.


A modo de ejemplo, ya en junio había augurado que la estrella de la reina madre y su ambicioso amante no tardaría en apagar. Cuando, hacía escasas semanas, se precipitaron los acontecimientos de Nottingham, Mortimer fue capturado y la reina madre —haciendo caso omiso de sus deseos— fue enviada a la apartada heredad real de Berkhamstead, Jonah se preguntó si la vieja Cecilia no tendría una bola de cristal que consultaba de cuando en cuando a escondidas.

—Se lo debo a mi edad bíblica. No, no, muchacho. El futuro ya no reviste mucha importancia para mí, y viceversa. Más bien estaba pensando en ti. ¿Cuántos años tienes, Jonah?

—Dieciocho, abuela.

Ella apoyó la cabeza del muchacho en su rodilla, y el por lo común obstinado aprendiz cerró los ojos y se abandonó a las caricias de la vetusta mano.

—La misma que el rey —musitó Cecilia.

 El hambre despertó a Jonah antes de que su gallo y los gallos de los patios vecinos dieran su matutino concierto.

Se levantó sin hacer ruido, dobló su manta y metió bajo el mostrador de una hábil patada el saco de lana relleno de paja que le servía de cama. Acto seguido cogió el cubo para ir por agua para asearse y salió al patio. Aún no había claridad. El frío matinal lo hizo tiritar, pero el agua del pozo todavía tardaría unas semanas en helarse por las mañanas. Jonah miró con indolencia la cocina y luego las ventanas de la sala. Reinaban el silencio y la oscuridad. Entreabrió la cancilla del gallinero, introdujo el brazo y tanteó la paja hasta dar con un tibio huevo. Tras cerrar la puertecilla con sumo cuidado, rompió con esmero la cáscara con el dedo índice y sorbió ruidosa, ávidamente su contenido. El acuciante hambre desapareció de golpe. Tras aplastar la cáscara con el tacón y enterrarla en el bancal de las hierbas aromáticas siguió su camino.

Cuando el gallo cantó, Jonah ya estaba afeitado.

El joven Crispin, que desde hacía más de un año era aprendiz de maese Hillock y dormía en el comercio igual que Jonah, se levantó de súbito del jergón como si lo hubiesen pinchado.

—¿Es domingo? —preguntó soñoliento.

—Por desgracia no —repuso Jonah.

El aprendiz se mesó gemebundo las rubias greñas.

—¿Por qué no? Hace demasiado frío para levantarse.

Jonah le señaló la escoba que había contra la pared.

—El trabajo te hará entrar en calor.

Crispin refunfuñó malhumorado, se tomó su tiempo para levantarse, observó a Jonah bien por vez primera y desvió la mirada de inmediato.

—Tienes un ojo morado —informó.

Como por iniciativa propia, la mano de Jonah se alzó y sus dedos palparon con delicadeza la hinchazón que tenía sobre el pómulo. Después se encogió de hombros, se volvió y se alisó la bata de una sencilla, pero buena lana gris marengo, que le llegaba por la rodilla.

—¿Te fue mal? —preguntó el muchacho, abatido.

—No. La vieja sargento llegó justo a tiempo y me rescató.

Crispin lo miró y sacudió la cabeza.

—¿Cómo puedes llamarla así? Es tu abuela. Y, de no ser por ella, hace ya tiempo que Rupert...

Jonah lo interrumpió con un gesto impaciente.

—Ve a orinar de una vez y luego pon algo de orden en la tienda.

El bondadoso Crispin hizo, como de costumbre, lo que le pedían. Salió sin más del comercio y concedió a Jonah unos minutos de soledad, pues sabía cuán valiosos eran para su amigo.

Jonah afiló el cañón de las plumas y se cercioró de que los pedidos que habían de ser recogidos o entregados a lo largo de la mañana estaban listos. No le hizo falta consultar la lista que descansaba sobre la mesa: siempre sabía qué había que hacer en la jornada; conocía el negocio. En el fondo, Rupert Hillock ya no tenía nada que enseñarle. Pese a ello todavía le quedaban tres de sus siete años de aprendizaje, así constaba en su contrato, el cual, de creer a su abuela, su madre arrancó prácticamente en el lecho de muerte a su hermano, el padre de Rupert Hillock. Prefería no pensar en los tres años que aún tenía por delante. Se había acostumbrado a no pensar más allá del día siguiente. De ese modo, se le hacía soportable. De ese modo, ya habían transcurrido cuatro largos años.

—¿Presenciaste la ejecución? —le preguntó Crispin al volver.

Jonah negó con la cabeza.

—Entonces, ¿dónde estuviste todo el día?

Crispin dejó abierta la puerta trasera del comercio, agarró la escoba y devolvió al patio el polvo, las pelusas de lana y el barro seco que la clientela había traído consigo la víspera.

—No tan a lo bruto —advirtió Jonah—. Vas a llenar de polvo el género.

Con cariño, casi con reverencia, pasó los dedos por unas balas de estambre verde oscuro de primera calidad de Salisbury. Adoraba el tacto firme y al mismo tiempo suave, así como el tenue olor a glauconita que le daba a la tela su color. La lana le fascinaba, tanto su variedad como su utilidad y su belleza. Desde la sencilla lana sin abatanar que cada ama de casa hilaba y tejía en el campo hasta el noble paño que se elaboraba en Flandes o Florencia, la lana vestía a labriegos y reyes desde tiempos inmemoriales, constituía un medio de subsistencia igual que el pan de cada día, pero también era mucho más que eso: la lana era el oro de Inglaterra, circunstancia ésta que criadores de ovejas, tejedores, bataneros y tintoreros conocían tan bien como él, aunque a veces le parecía que nadie salvo él conocía las posibilidades que este hecho brindaba. Su primo Rupert, por ejemplo, que regentaba su propio comercio desde hacía más de cinco años, sin duda lo desconocía. Y cuando Jonah pensaba en lo mucho que aún tenía que esperar para huir de la estrechez de miras de Rupert Hillock y poner en práctica las incontables ideas que abrigaba le asaltaba un desconsuelo, una ira sorda y desamparada que lo enmudecía más aún de lo que ya era habitual en él. Por eso evitaba tales pensamientos. En contra de lo que muchos suponían, el desconsuelo y la tristeza no eran su estado de ánimo preferido.

—Jonah, ¿estás despierto? ¿Es que no vas a responderme? —le urgió Crispin.

El aludido levantó la vista del verde paño.

—Estuve en casa de Aimhurst.

Resumió en unas pocas frases la encomienda mientras ambos disponían el comercio para el nuevo día. No mencionó el pequeño negocio que había cerrado con el barón de Aimhurst por cuenta de su abuela. Crispin le caía bien, y lo más probable era que también pudiera fiarse de él, pero el muchacho era tan franco, tan profundamente ingenuo que semejante secreto le habría supuesto una carga.

Mientras subían a desayunar, el aprendiz de menor edad no paró de hablar animadamente del tema preferido de Londres, del país entero a decir verdad, en ese momento: la inesperada subida al poder del joven rey Eduardo; qué clase de gobernante sería; si se parecía más a su débil padre o a su poderoso abuelo; si rompería la paz con Escocia, una paz que el odiado Mortimer había firmado en nombre del rey Eduardo y que todos los ingleses consideraban vergonzosa; cómo sería la joven reina flamenca Felipa, que en junio había traído al mundo a un príncipe heredero.

Jonah lo escuchó con interés. Crispin siempre estaba muy bien informado de todo lo que acaecía en Londres y Westminster. De vez en cuando recibía una tunda por, en opinión de Rupert Hillock, perder la mitad del día chachareando y descuidar el trabajo. Pero Jonah sabía que no era cierto. Eran los clientes del establecimiento quienes conversaban con el amable aprendiz, el cual gustaba de oír o contar un pequeño escándalo. Jonah estaba convencido de que algunos incluso acudían a su comercio en lugar de a la competencia para entregarse a tan inofensivo vicio. Crispin le hacía bien al negocio, y era una de esas pocas personas capaces de hablar y trabajar al mismo tiempo.

Cuando se aproximaban a la sala, el joven le refería una historia acerca del ciego conde de Lancaster. Jonah le puso una mano en el brazo a modo de advertencia, Crispin interrumpió la conversación, y los dos entraron en la estancia en silencio. Rupert ya estaba sentado en su sitio, en el centro de la mesa, flanqueado por su esposa y su abuela. Frente a Elizabeth, se hallaba Annot, la hija de un carnicero de Canterbury que desde el verano era aprendiz de Elizabeth y ayudaba a la maestra en la modesta sedería que llevaba desde que sufriera el último aborto el invierno anterior. Las criadas sirvieron gachas, pan, miel y cerveza rebajada antes de que ellos tomaran asiento en un extremo de la mesa. Crispin se sentó, y Jonah se acercó al pesado trincherero de roble, que le llegaba hasta la cadera y ocupaba prácticamente toda la pared izquierda de la sala, el mueble más bonito de la habitación. Albergaba los platos de estaño, las palmatorias y los vasos, así como los dos valiosos libros que poseía el maestro Hillock. Encima había una jofaina con agua, y al lado un lienzo limpio. Jonah se colgó el lienzo del brazo y le llevó el aguamanil al maestro, que se lavó las manos sin mirar a su pariente. Jonah sospechaba que Rupert se avergonzaba de su comportamiento de la

víspera. Maese Hillock no era más cruel o malvado que sus vecinos. Era peligroso cuando se enfurecía, sobre todo cuando había bebido demasiada cerveza, algo que, en opinión de Jonah, se había vuelto cada vez más habitual en los meses pasados. Sin embargo, a Hillock se le tenía por un comerciante honesto, y los miembros de su gremio lo estimaban. Tal vez hubiese podido ser un hombre muy distinto de no haberse casado precisamente con Elizabeth.

Cuando, después de pasarle la jofaina a su abuela, Jonah se la ofreció a la maestra, ésta le lanzó una breve mirada con sus ojos achinados y sumergió las manos con tanto brío que el agua salpicó y una pequeña cantidad fue a parar al pecho de Jonah.

—Ten cuidado, torpe —lo reprendió.

Sin decir nada, el joven esperó a que la anciana se hubiera secado las manos y dio un paso atrás mientras Rupert bendecía la mesa. Jonah se miró: el agua de la jofaina contenía cocimiento de lavanda, y le manchó en el acto la vestimenta. Sin duda quedaría inservible. Por un instante se planteó verter el contenido del recipiente sobre la cabeza, piadosamente gacha, de Elizabeth, pues estaba seguro de que lo había hecho a propósito. Ella sabía cuán importante era para Jonah tener un aspecto impecable y desde luego también sabía que tendría que vivir con el sayo sucio hasta que ella le diera uno nuevo, cosa que probablemente no sucediera antes del día del juicio. Más que verla, Jonah notó la mirada de advertencia que le dirigió su abuela y desistió de su funesto propósito. Después del amén llevó el aguamanil al armario y se sentó junto a Crispin.

La comida transcurrió en su mayor parte en silencio, pues Rupert, al igual que la anciana señora Hillock, consideraban que charlar en la mesa era de mala educación. Sólo cuando las criadas hubieron recogido platos y fuentes tras dar gracias a Dios, habló el pañero con sus aprendices del trabajo del día y les asignó sus respectivos cometidos.

Quando, unas dos horas más tarde, Jonah regresó de hacer los mandados en la calle Dyer, donde tenían los talleres los tintoreros de Londres, y hubo despachado toda clase de pedidos, halló a Crispin y Annot solos en el comercio. Se encontraban detrás de los estantes, que iban de suelo a techo y separaban el

establecimiento en sí del almacén, y estaban tan absortos en su conversación que ni lo vieron ni lo oyeron llegar. Crispin no perdía ocasión de hablar con Annot. Desde el día en que llegó a la casa aquella bella muchacha de ojos azules, tímida como un cervatillo –al menos por aquel entonces–, Crispin cayó rendido a sus pies.

–¿Por qué lo odia tanto la maestra? –oyó preguntar a la muchacha Jonah, y su tono indignado lo divirtió.

–La verdad es que no tengo ni idea –admitió Crispin.

–Pero ¿por qué lo trata así? A la postre, es un miembro de la familia.

Durante unos instantes sólo se escuchó el cepillado con el que probablemente Crispin limpiara una bala de paño para que no anidaran polillas en ella. Al cabo, éste dijo, pensativo:

–Lo más probable es que lo odie justamente por eso. Mientras no tenga un hijo, Jonah será el heredero de maese Hillock. Que yo sepa, no tiene más parientes, y estoy seguro de que eso no le gusta.

Muy perspicaz, pensó Jonah. Claro está que, en caso de que sobreviviera a su esposo, Elizabeth sería su primera heredera. Pero si ella fallecía sin descendencia, cosa que probablemente se temiera y Jonah esperaba de todo corazón, el negocio pasaría a manos del chico.

–¿Y por qué vive aquí y aguanta eso? ¿Es que no tiene a nadie más? ¿Quién era su padre?

–No lo sé. Eso es algo de lo que nunca habla.

–Mmm –repuso Annot, meditabunda–. Entonces seguro que es el hijo bastardo de un distinguido lord. Sabe Dios que no me extrañaría.

Jonah se mordió el labio inferior y rodeó la estantería a la chita callando.

–Me temo que voy a desilusionarte. Mi padre era el platero londinense Lucas Durham y, por lo menos el día en que nací, el esposo de mi madre. Cuando yo tenía un año, se hirió con una de sus herramientas, contrajo una fiebre y murió, cargado de deudas, según se comprobó.

Annot pegó un respingo y enrojeció un poco al verlo aparecer tan de súbito.

Crispin escuchó la revelación, atípicamente prolija, con la boca abierta y preguntó sin comprender nada:

—¿Por qué no me lo habías dicho?

Jonah se encogió de hombros.

—Nunca me lo preguntaste.

Annot estaba sentada en un tajuero y contemplaba a Jonah con abierta curiosidad.

—¿Qué fue de tu madre y de ti? ¿Tienes hermanos?

Él sacudió la cabeza.

—Vivimos unos años de la caridad de los gremiales de mi padre, hasta que mi madre falleció de tisis.

El muchacho apenas conservaba recuerdos de esa época. A decir verdad, lo único que sabía era lo que su abuela le había contado: el esposo de Cecilia renegó de la licenciada hija a la que dejó encinta un inútil, jugador y borracho conocido en la ciudad entera, si bien el inútil demostró tener más honor que muchos otros, pensaba Jonah a menudo, al casarse con la muchacha a la que había metido en apuros, algo a lo que nada ni nadie lo obligaba, excepto su conciencia. Ello no aplacó a su abuelo. Sólo a su muerte, la abuela localizó a su paupérrima y ya moribunda hija y la llevó a su casa. Su hijo, el padre de Rupert, acogió a su hermana y al hijo de ésta a regañadientes, y antes de fallecer, le hizo prometer que tomaría de aprendiz a su chico. Antes la abuela se ocupó de que Jonah, que a la sazón tenía cinco años, fuera a la escuela de la abadía de Bermondsey. El monasterio benedictino se hallaba extramuros, en la verde orilla meridional del Támesis, frente a la Torre, y la escuela gozaba de gran reputación. Cecilia sabía a ciencia cierta que una buena formación era el principal requisito para convertirse en un buen comerciante. El primer recuerdo de Jonah era una mezcla extrañamente contradictoria de abandono, pesar por la muerte de su madre y alivio por escapar de su malhumorado tío y su primo Rupert, que entonces era un patán de diecisiete años que se burlaba de forma despiadada de él y lo maltrataba. Jonah se adaptó deprisa en Bermondsey. La mayoría de los hermanos eran muy buenos con él. Les gustaba lo despierto que era y lo animaban, sin exigencias, a que se abriese más, hablara más y contara más cosas de él de lo que era propio a su naturaleza.

Para dejar de pensar en ello y en su escasamente edificante historia, se inclinó sobre Annot y tocó con dos dedos la fina tela brillante que la muchacha sostenía en el regazo. Era fría y lisa como un espejo.

—El platero que hay en mí me dice que deberías aprender a bordar esa seda con hilo de oro y plata. De ese modo podrías venderla a un precio diez veces mayor del que has pagado.

Ella alzó la vista. Había deseado tantas veces captar su atención... y ahora que era así, de pronto se sentía tímida y torpe.

—Pero es que yo quiero ser sedera, no bordadora —fue la única respuesta que se le ocurrió.

Él le sonrió, y Annot se preguntó si sabría que al sonreír se le formaban dos hoyuelos en las comisuras de la boca, si sospecharía el devastador efecto que sus labios arqueados, casi opulentos, causaban incluso en una muchacha decente como ella, un efecto tal que se sentía tentada de levantarse y apretar su boca contra ellos. Bajó la cabeza deprisa para que él no le adivinara tan vergonzoso pensamiento.

En ocasiones, Annot yacía de noche en la cama de la guardilla, que compartía con las dos criadas, y pensaba cómo sería encontrarse a solas con Jonah en el almacén cuando cerrara el comercio. Imaginaba cosas, observaciones inteligentes e ingeniosas, bromas y halagos, pues ella deseaba fervientemente que él la admirara y quería que se fijara en ella de una vez. Imaginaba que él la llevaba a uno de los numerosos mercados de la ciudad o a uno de los desfiles o incluso a una de las funciones teatrales que organizaban los gremios. Ya llevaba viviendo allí casi seis meses y, aparte de la iglesia y los comercios del vecindario, todavía no había visto nada de la gran ciudad.

—Si fueses sedera y bordadora, podrías ser inmensamente rica —terció Crispin, al que no le hacían ninguna gracia las miradas que Annot dirigía a Jonah bajo sus espesas pestañas.

Ella suspiró, dobló el valioso género y se puso en pie.

—Me lo pensaré. Pero ahora será mejor que vaya a ayudar a la maestra con las cuentas. Si no aprendo pronto, seguro que no me hago rica en negocio alguno.

Crispin hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Bah, quédate un poco más. Los libros pueden esperar, créeme, te lo digo por propia experiencia.

—Crispin... —lo advirtió Jonah en voz baja.

Extrañado, el muchacho alzó las cejas.

—Vaya, habló nuestro modelo en el cumplimiento del deber, el mismo que cada tarde prácticamente se pega por hacer las cuentas.

Jonah esbozó una sonrisa, pero dijo en serio:

–No la metas en líos.

Annot estaba tan contenta de que se preocupara por ella que se planteó postergar unos minutos las cuentas. Pero antes de que tomara una decisión, una voz gritó desde la parte delantera del comercio:

–Buenos días nos dé Dios, ¿me atiende alguien?

El canturreo, un tanto estridente, era inconfundible: se trataba de la señora Thorpe, la parlanchina esposa de un zapatero de la vecindad. Jonah revolvió significativamente los ojos y le hizo una señal a Crispin.

–Siempre me toca a mí –se quejó éste–. No es justo.

Así y todo, dibujó una sonrisa radiante y echó a andar con paso decidido.

Las mujeres preferían que las atendiera Crispin, que las adulaba y les contaba interesantes novedades, o Rupert, que trataba a cada clienta como a una reina. Jonah había intentado cambiar muchas veces: sabía que su fama de gruñón perjudicaba al negocio. Pero daba igual lo que hiciera y cuánto se esforzara: esa fama lo perseguía como una maldición. Sin embargo, Rupert Hillock se lo tomaba con calma. Había observado que los sastres, que eran sus clientes más solventes, preferían tratar con Jonah, pues apreciaban su competencia y su imparcialidad, lo cual les hacía ahorrar tiempo. Y las mujeres jóvenes del barrio también acudían a él, tanto si acababan de casarse como si no. Rupert envidiaba a Jonah su éxito con las jovencitas y le reprochaba a menudo que les lanzara miradas indecorosas y les hiciera perder la cabeza. Jonah no entendía nada, ya que ni siquiera se daba cuenta de cómo lo miraban. Pero, en resumidas cuentas, Rupert estaba satisfecho. A su manera, con su frío hermetismo, Jonah resultaba tan provechoso para el negocio como Crispin con su amabilidad.

Después Jonah informó a Rupert de sus recados de la mañana, relató de memoria, sistemáticamente, cuándo y a quién había que entregar cuánta cantidad a qué precio.

–Piers Johnson os pide un anticipo de diez chelines –concluyó–. Sus hijos están enfermos y él ha de pagar al médico. Jura que intentará abastecernos en la primera semana de Adviento.

–Conforme. Johnson siempre ha sido de fiar.

–Y Adam Cross afirma que esas bayas de Oriente con las que elabora su tinta azafrán escasean y son más caras. Pide medio che-lín más por vara.

Rupert soltó un bufido.

–Pues mañana te vas a Southwark a ver a Williams, el cuñado de Adam Cross, para comprobar si sus precios han subido. Él es tan buen tintorero como Cross.

–Mañana es el primer ensayo de la función navideña –le recordó Jonah.

Rupert se dio una palmada en la frente.

–Lo había olvidado. No, no puedes faltar de ningún modo, el padre Gilbert se pondría hecho un demonio. Southwark tendrá que esperar a pasado mañana.

Annot miró a Jonah con ojos radiantes.

–¿Actúas en la función navideña?

Rupert rio estruendosamente y asintió.

–Te vas a quedar pasmada, hijita. Nuestro Jonah es el mejor actor del gremio de pañeros. Cuando aparece en escena, no hay quien lo reconozca.